

LA ESTIGMATIZACIÓN Y EL DESCUIDO DE LAS PERSONAS MAYORES, LA OTRA PANDEMIA

Este creciente sector de la población, que constituye el grupo de mayor riesgo ante el virus, sufre además discriminación y destrato en bancos y otras organizaciones. Poner foco en las residencias



Por Silvia Gascón

La pandemia del Covid-19 no es sólo una crisis sanitaria sino también un hecho social que nos replantea nuevas formas de vida, cambios en el papel y la dinámica de las instituciones, así como de las normas y valores vigentes. En un mundo en el que la ciencia, la tecnología y la “inteligencia” parecían poderlo todo, nuestra omnipotencia sucumbe. La sociedad mira a los expertos y los expertos repiten una y otra vez que no hay remedios, no hay vacunas y que hay que cuidarse. Hay que quedarse en casa. Y cuando volvemos a nuestras casas, desalojados de horarios, consumos y abrazos, cuando estamos

solos con nosotros mismos, cuando todo está suspendido, volvemos a pensar e imaginar que quizá este sea el momento de transformar todos los sistemas, cambiar las reglas de juego y poner en marcha nuestros sueños incumplidos, nuestros ideales aún intactos.

Tantas veces cuestionamos el concepto de normalidad, para llegar hoy a la conclusión que la normalidad había muerto hace tiempo. Porque la pandemia ha desnudado una realidad imposible de ocultar. Puso en evidencia que no es “normal” en Argentina, que la mitad de los niños sean pobres, que el 33% de la población no tenga acceso al agua potable y más del 44% a la red de cloacas, que el 60% de los habitantes de la provincia más poblada y rica del país viva bajo la

línea de pobreza, que la mitad de los jóvenes no tenga oportunidades de educarse ni trabajar, que las personas mayores dependientes habiten en instituciones colectivas que nadie controla ni fiscaliza.

Pone en evidencia un sistema de salud desmantelado, hospitales sin insumos, escuelas que no enseñan, familias que no contienen, trabajadores sin trabajo, jueces que no brindan justicia, legisladores que no representan y paramos la lista, para imaginar que cuando todo pase -porque va a pasar- saldremos mejores, más conscientes y mejor preparados para asumir nuestra cuota de participación responsable, para estar activos y presentes para hacer de este mundo un lugar donde valga la pena vivir. Para desnaturalizar lo naturalizado.

Este es el sistema que la pandemia devela y derrumba, abriendo la



**HAY EN ARGENTINA
3900 HOGARES
GERIÁTRICOS
CENSADOS EN
LOS QUE VIVEN
79.000 PERSONAS,
ESTIMÁNDOSE QUE
POR LO MENOS
OTRO 40% SE
ENCUESTRAN
FUNCIONANDO
SIN TENER
HABILITACIÓN, NI
SER RECONOCIDOS
OFICIALMENTE**

oportunidad de empezar de nuevo. Porque después de la pandemia el mundo será otro y habremos entendido definitivamente que sin un Estado presente, articulador e inteligente, que suma consensos es imposible cuidar y cuidarnos, que no es otra cosa que avanzar en solidaridad y justicia social hacia mayores niveles de equidad.

Las personas mayores como grupo de riesgo

En medio de tanta turbulencia e incertidumbre de algo estamos seguros, el mundo seguirá envejeciendo. El aumento de la longevidad es una excelente noticia, pero para que los años ganados a la vida se traduzcan en mejores niveles de bienestar en la población mayor hacen falta, como ya se dijo, profundas transformaciones en todas las esferas de la vida comunitaria. Las personas mayores constituyen un grupo de riesgo porque así

como el virus puede ser asintomático en otras edades, su efecto en adultos mayores puede ser letal. Apelamos entonces a la definición de vulnerabilidad para definir aquel grupo que merece especial atención por el hecho de tener una mayor disposición a ser afectado o dañado por algún agente externo. Pero este riesgo biológico se ve agravado por otra vulnerabilidad, la social; ya que por el sólo hecho de haber alcanzado una determinada edad, esta población se encuentra expuesta a sufrir el avasallamiento de sus derechos fundamentales. De hecho las personas mayores requieren un esfuerzo adicional para incorporarse a los sistemas sociales o de salud y se encuentran más propensos a la exclusión y la pobreza. La pandemia ha visibilizado lo que el papa Francisco llamó “cultura del descarte” y pone en evidencia la soledad y el aisla-

miento a la que se ven expuestos los mayores, la falta de respeto y conocimiento de sus hábitos, preferencias y costumbres, la baja adecuación del sistema socio-sanitario para atender las enfermedades crónicas propias de la vejez y la escasez de recurso humano capacitado para comprender el proceso de envejecimiento.

La otra pandemia: mayores discriminados

Asimismo se han visibilizado serios obstáculos para la plena integración social de las personas de edad avanzada. Investigaciones realizadas desde ISALUD, en el marco del Proyecto Ciudades Amigables con las Personas Mayores, que promueve la Organización Mundial de la Salud, los propios mayores consultados han identificado como uno de sus “principales enemigos” a los bancos y señalan en cada una de

las ciudades estudiadas que las interminables esperas, la obligación a usar dispositivos electrónicos sin la necesaria capacitación, la ausencia de baños, y el trato descortés significan barreras importantes para el acceso.

El primer viernes de abril, esta pandemia mostró bajo la forma de catástrofe lo que veníamos advirtiendo desde hacía tiempo. En estos meses de aislamiento obligatorio se disimulan otras barreras que los mayores padecen a diario cuando deben utilizar el transporte público, caminar entre veredas hechas pedazos o cuando necesitan usar un baño.

La pandemia resalta que vivimos en una sociedad viejista o edadista, en la que nadie quiere morir, pero tampoco nadie quiere ser viejo. Es que la vejez se asocia a enfermedad, discapacidad, pobreza y nadie quiere identificarse con esto.

El lenguaje no es casual, es una construcción social, por la que le asigno connotaciones al concepto. Definir a una persona sólo por un rasgo como la edad es una manera de estigmatizar, la denominación de “abuelo” o “pasivo” para referirse a un grupo de personas a las que lo único que las identifica es la edad surge de una visión prejuiciosa, que estereotipa y homogeneiza a una población cuya principal característica es la heterogeneidad.

Además esta mirada tiene repercusiones en las políticas públicas y los sistemas de atención y genera actitudes muy perjudiciales dejándolos muchas veces excluidos y

ausentes de los sistemas de información y atención.

Por su parte la expresión “viejos son los otros” explica de qué manera este fenómeno aplica también a los propios mayores que por no querer “ajustarse” a estas definiciones peyorativas, niegan para sí mismos pertenecer a este grupo generacional.

El Covid-19 es, sin duda, un llamado de atención para reflexionar y tomar medidas, acerca del lugar

DEFINIR A UNA PERSONA SÓLO POR UN RASGO COMO LA EDAD ES UNA MANERA DE ESTIGMATIZAR, LA DENOMINACIÓN DE “ABUELO” O “PASIVO” PARA REFERIRSE A UN GRUPO DE PERSONAS A LAS QUE LO ÚNICO QUE LAS IDENTIFICA ES LA EDAD SURGE DE UNA VISIÓN PREJUCIOSA, QUE ESTEREOTIPA Y HOMOGENEIZA A UNA POBLACIÓN CUYA PRINCIPAL CARACTERÍSTICA ES LA HETEROGENEIDAD

que les damos a las personas mayores en nuestra sociedad. Reflexión que sin duda debe incorporar a los mayores como sujetos de derecho.

Las residencias, eslabón de un sistema integral e integrado

Es urgente establecer criterios de calidad de atención, con aceitados mecanismos de registro, información, control y fiscalización.

La mitad de las personas mayores en Argentina vive en hogares

unigeneracionales (Censo 2010), lo que alerta sobre la necesidad de contar con servicios de apoyo en domicilio. Mientras que sólo un 1,4% de los mayores de 60 años lo hace en residencias.

Hay en Argentina 3900 hogares geriátricos censados en los que viven 79.000 personas, estimándose que por lo menos otro 40% se encuentran funcionando sin tener habilitación, ni ser reconocidos oficialmente. Las personas mayores dependientes particularmente las institucionalizadas, se ven con frecuencia avasalladas en sus derechos, principalmente su autonomía.

Por eso, ante las luces de alarma que genera esta nueva situación es necesario tomar dos caminos en simultáneo: por un lado medidas rápidas de prevención y protección frente a la emergencia y por el otro planificar a mediano y largo plazo profundas transformaciones hacia sistemas integrales e integrados, con alternativas de cuidado acordes a los niveles de dependencia, centrados en las personas, sus necesidades y preferencias y estableciendo criterios mínimos de calidad de atención, con aceitados mecanismos de información, control y fiscalización.

Un virus que se propaga a una velocidad nunca vista, cuando ingresa a una institución de este tipo en el que conviven solo personas de edad muy avanzada y con patologías crónicas, encuentra su terreno más fértil, se despliega con su mayor fuerza y aun sin intención, mata. Y nos abre nuevas

preguntas para las que aún no tenemos respuestas, ni remedios, ni vacunas, solo impotencia.

El mundo de las residencias es complejo, las hay de distintas dependencias y tamaños. Cada provincia tiene sus propias legislaciones y las normas y estándares de calidad son casi inexistentes. Más del 70% son privadas y las propias familias se hacen cargo del pago. Del 30% restante el aporte más significativo es del PAMI.

En la mayoría de ellas no se pide consentimiento al residente para su internación, y no se realizan actividades personalizadas. El personal tiene déficit de capacitación y son pocas las que cuentan con equipos interdisciplinarios. La contención física y farmacológica es frecuente. El enfoque de derechos y los servicios centrados en las personas, no forman parte de los modelos de gestión más frecuentes.

Pero no es justo poner a todos en el mismo lugar. Tenemos ejemplos de hogares que funcionan realmente como tales, profesionales

responsables y comprometidos, trabajadores socio sanitarios que cada día cumplen de la mejor manera su tarea de cuidar a los que ya no pueden hacerlo por sus propios medios. Claro que los hay y merecen nuestro reconocimiento.

Residencias para mayores y Pandemia

Las residencias para mayores no están preparadas ni tienen que estarlo para tratar a pacientes infectados. No tienen lugares de aislamiento, ni equipos e instrumentales. El recurso humano está listo para cuidar, no para curar, son habilidades y misiones diferentes.

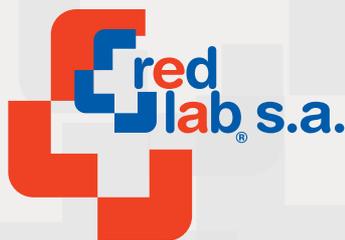
Por eso frente a la pandemia es necesario contar con claras líneas de derivación de los residentes infectados. Establecimientos especialmente preparados para recibirlos y ayudarlos con máximas medidas de protección y todo el instrumental necesario. Con recurso humano decidido a permanecer *full time* durante un tiempo acotado, con capacitación previa y dispuesto a aprender todo lo

que la emergencia requiera.

Harán falta líderes capaces de conformar equipos, generar confianza y motivar para la lucha, capaces de liderar codo a codo procesos difíciles, que compartan dudas, miedos y desesperanzas. También por supuesto la alegría de las altas de quienes vuelven a "casa". Lo vemos a diario y es bueno decirlo.

Este es el momento. No alcanza con hacer mejor lo que se venía haciendo. Habrá que reinventar modelos de atención progresiva basados en las comunidades, para que las personas puedan contar con alternativas a la internación, puedan envejecer en sus barrios y ser atendidos por profesionales cercanos y conocidos, con residencias de puertas bien abiertas para que superada la pandemia el afuera y el adentro sea sólo una línea imaginaria.

El virus no tiene intención, ni inteligencia, pero nosotros sí la tenemos y es ahora cuando debemos ponerla en juego, para cambiar una situación que desde hace



LABORATORIO ANÁLISIS CLÍNICOS

Atención a Obras Sociales • Prepagas • PamiParticulares

EXTRACCIÓN A DOMICILIO Y URGENCIAS

CONSULTAS Y RESULTADOS DIGITALES

info@redlab.com.ar • redlab.com.ar



11-67003631

Mons. Piaggio 1898 • 4ª • Avellaneda

Extracciones de Lu. a Vi. a 7 a 10 hs. Sa. de 8 a 12 hs.

Tel.: 4222-1622 • 4222-7419

Salta 302 • Sarandí

Extracciones de Lu. a Vi. a 7:30 a 10 hs.

Tel.: 4203-1670

ESTACIONAMIENTO GRATUITO

largos años se mueve en los límites de la marginalidad.

Cuidar a los que nos cuidan

Los asistentes de cuidados personales en hogares o en las residencias para mayores, los técnicos y profesionales que allí se desempeñan, constituyen uno de los grupos más susceptibles a la enfermedad y muchos de ellos ya han sufrido las consecuencias: varios infectados, otros en cuarentena y algunos fallecidos.

Debemos disponer de todas las medidas para cuidar a aquellos que nos cuidan. Mejorar sus condiciones de trabajo, entregarles los dispositivos de atención y cuidado necesarios, retribuir económicamente de acuerdo con la tarea que realizan, ofrecerles espacios de capacitación y perfeccionamiento permanente.

Paradójicamente constituyen, uno de los vehículos comunes de contagio, y pese a que se han elaborado protocolos y extremado las medidas de precaución, el virus ingresa con ellos y contagian, porque también se han contagiado.

Y otra vez, como en una encerrona sin salida, nos toca hacer visible lo que ya sabíamos: el pluriempleo, los bajos salarios e incentivos, la baja capacitación por un lado y la escasa fiscalización por el otro, sumado a la ausencia de normas de calidad, nos deja paralizados frente a una situación que no es nueva, pero que ahora acucia resolver.

Desde los organismos responsables de manera inmediata se han

elaborado protocolos para prevenir y actuar en caso necesario según la evolución de la epidemia para acompañar a directivos y trabajadores y garantizar el menor riesgo para los residentes mayores, las

ESTE ES EL MOMENTO. NO ALCANZA CON HACER MEJOR LO QUE SE VENÍA HACIENDO. HABRÁ QUE REINVENTAR MODELOS DE ATENCIÓN PROGRESIVA BASADOS EN LAS COMUNIDADES, PARA QUE LAS PERSONAS PUEDAN CONTAR CON ALTERNATIVAS A LA INTERNACIÓN, PUEDAN ENVEJECER EN SUS BARRIOS Y SER ATENDIDOS POR PROFESIONALES CERCANOS Y CONOCIDOS

propias instituciones que agrupan a los prestadores lo han hecho. Los organismos internacionales han realizado aportes significativos. La tarea ahora es asegurar que lleguen a todas las instituciones, públicas y privadas, provinciales y municipales y realizar todos los esfuerzos para cumplirlas.

Los derechos son vitalicios

Varias veces hemos dicho que los derechos no se pierden con los años. El derecho a recibir una atención eficiente, oportuna y de calidad debe estar garantizada para todas las edades.

Esta generación de mayores que ha transitado varias luchas a lo largo de sus vidas, está dando una más, cumpliendo todas las recomendaciones dadas desde el Gobierno

para cuidarse y cuidar a sus familiares y a quienes los cuidan.

La pandemia tuvo también su lado positivo. Esta vez la voz de los mayores se hizo oír y no por que fueran convocados a expresarse. Frente a la normativa que les exigía pedir autorización para salir de sus casas, la reacción se hizo sentir pronto. Intelectuales, políticos, artistas, organizaciones académicas y de mayores se hicieron escuchar y la medida quedó sin efecto.

Es que pertenecemos a una generación que ha sido protagonistas de grandes luchas a lo largo del tiempo: el voto femenino, el movimiento tercermundista, el feminismo, las abuelas de Plaza de Mayo. No estamos en edad de irnos a casa, ni de pedir permiso.

No es el virus el que nos va a hacer más eficientes y solidarios. Es entre todos que vamos a construir esta nueva sociedad del cuidado, en la que los más vulnerables tengan prioridad en la prevención, atención y rehabilitación.

También nosotros, los mayores, debemos realizar los cambios necesarios para tomar el control de nuestras propias vidas, de nuestra salud y construir así una sociedad en la que cuidarnos y cuidar al otro sea la norma y ésta haya llegado para quedarse.

Cuando jóvenes luchamos por un mundo más justo e igualitario para todos. Ahora personas mayores, seguimos activos para lograr una sociedad en la que nadie quede atrás. Estamos seguros de que nuestros hijos y nietos nos acompañarán. 